

## **La noche más feliz de mi vida**

**Dra. Gladys Vila**  
**Catedrática Departamento de Español, Inter-Metro**

*Hay soles hermosos ocultos. Si se hace la luz no te apartes de ella.*

Delia Quiñones de Arnaldo Meyners

Era el último día del mes de enero. Yo tenía cinco años. Ya las fiestas navideñas habían finalizado y junto a ellas se había desvanecido la ilusión que provoca la Navidad en todos los niños de esa edad. Yo siempre preferí la Noche de Reyes, a pesar de que los regalos eran mucho más humildes que los de Santa Claus. No sólo me fascinaba el ritual de ir a buscar la yerba para los camellos y dejar agua fría para los Reyes, sino imaginarme que llegaban hasta mi cama y observaban mi sueño adivinando mis deseos. Además, los paquetes que colocaban debajo de mi cama no estaban envueltos en el tradicional papel con diseños de trineos, de árboles nevados, de casas de chimeneas y de muchachos lanzando bolas de nieves. No, los Reyes no. Ellos no podían malgastar el dinero en esas frivolidades, en esas chucherías. Pero como un regalo siempre debe estar envuelto, se cumplía con ese requisito sustituyendo el fino papel colorido de la festividad de Santa Claus por el humilde papel de estraza; también la delicada cinta formando lazos ornamentales era reemplazada por un rústico cordón. ¡Qué alegría tan grande cuando por la mañana recibía todos aquellos estímulos a la misma vez: el reguete de yerba ensuciando el piso, la jarra de agua vacía y los paquetes al pie de la cama! Saltar y destrozarse el papel de estraza se convirtieron en acciones sinónimas. Aquel sonido peculiar se grabó en lo más profundo de mi memoria.

Mi madre intuyó mi desazón y conjugó una singular noticia leída hacía poco en la prensa con una estrategia digna de los cuentos orientales. *La noche del 31 de enero se percibirá la estrella de Belén al norte del planeta Marte. No es necesario el uso del telescopio. El momento óptimo para avistar este fenómeno que ocurre cada ochocientos años es durante la medianoche.* Cerca de mi casa vivían varios niños y niñas que yo consideraba mis amiguitos. Con gran sigilo, se les avisó a los padres de mis vecinos: la fecha y la hora debían ser respetadas.

Aquella noche inolvidable, me acosté temprano. Muy tarde y ya profundamente dormido, sentí la voz de mi madre llamándome e indicándome que me levantara. Con los ojos casi cerrados, seguí sus instrucciones y pronto me vi sentado en la verja del balcón junto a mis amigos, quienes también habían sido convocados para esta ocasión tan especial. “Niños, miren el cielo y observen esa estrella brillante, es la Estrella de Belén, la misma que sirvió de guía a los Reyes y

los condujo al pesebre donde nació el Niño Jesús”. Su voz sonaba casi celestial. Todos a la par, miramos el cielo iluminado por el fulgor de nuestra inocencia y la luz de una estrella mágica. Me embargó una emoción tan profunda como nunca más he vuelto a sentir. Fue la noche más feliz de mi vida.